

PARA QUE LA MENTE CONCUERDE CON LA VOZ

Análisis del capítulo 19 de la Regla de san Benito

1. Introducción

La importancia que da san Benito en su Regla al Oficio Divino se trasluce a través de las fórmulas que utiliza para referirse a él (*"Nada anteponer a la obra de Dios..."* (c. 43,3); *"Si es solícito para la obra de Dios"* (c. 58,7). El oficio divino es comparado con el resto de las actividades del monje y es antepuesto a todas ellas. Incluso en el capítulo sobre la admisión de los nuevos candidatos aparece dentro de una lista de "virtudes" que se espera de él. Con estos antecedentes vamos a abordar el estudio del capítulo referido especialmente a la actitud y disposiciones que espera san Benito del monje que asiste al oficio divino.

2. Estructura del capítulo 19

Este capítulo está construido de forma muy armónica. Las ideas y sentencias se suceden de tal manera que llevan naturalmente la atención del lector a su indicación final (v. 7): *"que nuestra mente concuerde con nuestra voz"*.

Los versículos de que se compone se pueden agrupar de dos en dos, formando así tres unidades. Cada una de ellas tiene la forma siguiente: a un principio general sobre la vida del monje sigue una norma particular referida concretamente al oficio divino.

Primera unidad: está compuesta por los versículos 1 y 2.

El primero dice: *“Creemos que Dios está presente en todas partes, y que los ojos del Señor miran en todo lugar a buenos y malos.*

Y el segundo: *“Pero máximamente debemos creerlo sin la menor vacilación cuando asistimos al oficio divino”.*

El versículo primero recibe su carácter de principio general gracias al uso de las expresiones: *“en todas partes”* y *“en todo lugar”*, indicando así que Dios está siempre presente al monje en todas sus acciones, y el monje actualiza esa presencia de Dios a lo largo del día por su fe. Esta idea, como principio general de la vida monástica ya la teníamos enunciada en el capítulo 4 sobre las buenas obras (v. 49): *“Saber que Dios lo está mirando en todo lugar”.*

A este principio general le sigue la primera norma referida al oficio divino; que pide que esa fe en la presencia divina llegue a su máximo al asistir al *opus Dei*. Ambos versículos están ligados por medio del recurso al acto de fe que san Benito pide en forma consecutiva, aunque ahora debe ser llevado al máximo y sin ninguna duda.

Segunda unidad: está constituida por los versículos 3, 4 y 5, y son todas citas de la Sagrada Escritura.

El v. 3 dice: *“Recordemos siempre lo que dice el Profeta: Servid al Señor con temor..”*. Nuevamente nos encontramos ante un principio general referible a toda la vida del monje, y que se concreta al llegar al oficio divino con lo que dicen los vs. 4 y 5: *“Salmodias sabiamente y en presencia de los ángeles te alabaré”.*

Aquí nos encontramos con que el ritmo de ideas que se agrupan de a pares es roto por la división de estas dos últimas citas en dos versículos. Sin embargo deben considerarse como una unidad, y así se mantiene la secuencia de un principio general, seguido por una norma particular, y de este modo el capítulo quedaría formado por seis unidades, que responden a los tres pares de ideas antes señalados.

Tercera unidad: abarca los dos últimos versículos de nuestro capítulo:

v.6.: *“Consideremos entonces cómo conviene estar en presencia de la Divinidad y de sus ángeles”.* San Benito considera la presencia de los ángeles como una realidad cotidiana que debe vivir el monje. No es exclusivo de la obra de Dios. En el capítulo 7 dice que cada monje tiene asignado un ángel que día y noche da cuenta de sus obras a Dios (vs. 13 y 28).

De esta última consideración general se desprende la siguiente consecuencia para el oficio divino: V. 7: "Y así tenemos en la salmodia, de tal manera que nuestra mente concuerde con nuestra voz".

De esta manera el capítulo no se compone de un solo principio general (que sería el versículo 1) seguido de una larga consecuencia referida al oficio. Se trata de tres consideraciones generales que regulan la entera vida del monje y a cada una de las cuales le sigue una norma, que desprendiéndose de ella, se aplica al oficio divino.

Así la estructura de este capítulo nos revela una íntima interconexión del *opus Dei* con el resto de la vida del monje. Esta antecede y prepara al oficio divino, le da sus líneas directrices respecto a la actitud interior en él. La obra de Dios por su parte alimenta la vida entera del monje con lo que éste recibe en esos momentos privilegiados. Si miramos con atención podremos ver que cada versículo de este capítulo se encadena con el siguiente. No sólo los que se refieren a la actitud cotidiana general son seguidos a modo de consecuencia por los que tratan de la obra de Dios. También éstos repercuten con sus directivas específicas sobre los que enuncian ideas directrices para el comportamiento general. Para lograr esa ligazón son utilizados al principio de dos versículos correspondientes distintos adverbios y conjunciones que establecen una relación de consecuencia entre las dos frases (v. 3: "ideo" "por lo tanto"; v. 6: "ergo" "pues"; v. 7: "sic" "de este modo").

Uno de esos casos es el de los primeros tres versículos. Como dijimos, más arriba el primero enuncia el principio general de la presencia continua de Dios, mientras que el segundo lo aplica al oficio divino. Ahora bien, el tercer versículo, que da otro enunciado general, es deudor de lo que se acaba de decir sobre el *opus Dei*, y esto está señalado con el adverbio "ideo" "por lo tanto" que encabeza la tercera frase. Así, el temor de Dios del que habla, se deriva sobre todo de la especial presencia de Dios a la hora del oficio.

Lo mismo sucede entre los versículos 5 y 6. El primero introduce el tema de los ángeles a la hora de la obra de Dios y el segundo lo generaliza para el resto de la jornada monástica.

Así el capítulo 19 realiza con su estructura literaria lo mismo que sucede en la vida del monje: una profunda interconexión del *opus Dei* con el resto de su comportamiento diario.

3. Paralelos del capítulo 19

La principal fuente de este capítulo es el primer grado de humildad, es decir, el capítulo 7 de la Regla.

En él se dice que el primer grado de humildad es el temor de Dios, el cual se concreta en una continua "presencia de Dios" en la mente y en el alma del monje. Y esa "presencia" es causa de la desaparición de todos los "pensamientos" que no son de Dios.

Si tenemos en cuenta que el objetivo que se propone san Benito en el capítulo 19 es que en la salmódia la mente no sea distraída para poder acordar con la voz, no es raro que haya recurrido a este antecedente del capítulo 7, cuyo objetivo es exactamente el mismo: hacer continuo el pensamiento de Dios, que aleja todo otro pensamiento.

Así aparecen los siguientes paralelos literarios:

a) El capítulo 19 dice (v. 1): *"En todas partes creemos que Dios está presente y que los ojos del Señor miran a buenos y malos"*. El primer grado de humildad ya había enunciado ese principio al decir (v. 13-14): *"Piense el hombre que Dios le está mirando a todas horas desde los cielos... y está siempre presente viendo nuestros pensamientos"*. E incluso nos da la misma cita de los Proverbios al decir (v. 26): *"Los ojos del Señor miran a buenos y malos" (Pr 15,3)*. La vida del monje, que es una vida de humildad, se debe a su fe en la continua presencia de la mirada de Dios sobre él.

b) El capítulo 19 decía (v. 3) citando el Salmo 2: *"Servid al Señor con temor"*. Este temor de Dios es el corazón del primer grado de humildad, que dice: *"El primer grado de humildad es si poniendo ante sus ojos siempre el temor de Dios, huye echarlo jamás en olvido"*. Como se puede ver en los dos capítulos de la Regla el temor de Dios es objeto de un ejercicio continuo de actualización por parte del monje. En los dos se dice *"recordemos siempre"*; y el capítulo 7 insiste *"cuidar que nunca caiga en el olvido"* (v. 10). E insistiendo en la presencia de Dios dice (v. 18): *"repita siempre en su corazón"*.

Vemos entonces que la presencia continua de Dios es para el monje un esfuerzo y un ejercicio tanto para su fe (*"sobre todo se ha de creer"*, c. 19), como para su mente, y su memoria (*"siempre hágalo volver a su pensamiento"*, c. 7,11).

c) El tercer paralelo que encontramos entre los dos capítulos es la referencia a los ángeles, los cuales hacen de intermediarios entre el monje y Dios, revelándole continuamente nuestros pensamientos (cf. c. 7,13 y c. 19,5).

Finalmente ¿cuál es el efecto de esa presencia continua de Dios en la mente del monje?, ¿cuál es el fruto de ese revolver el pensamiento de Dios en el alma? El primer grado de humildad lo expresa con total claridad: la huida de los malos pensamientos. En él se dice: *"... y así, guardándose a toda hora de los pecados y vicios, esto es, de los pensamientos..."* (v. 12), y: *"sea solícito en cuidar sus pensamientos malvados"* (v. 18), porque: *"nuestros pensamientos están siempre presentes a Dios... y Dios escudriña nuestros cora-*

zones y nuestro interior, y Dios conoce los pensamientos de los hombres! (vs: 14-16).

Si tenemos en cuenta esta asociación espontánea que hace san Benito entre el recuerdo de la presencia continua de Dios y la huida de los malos pensamientos nos resultará claro reconocer una fuente más remota de nuestro capítulo 19. Se trata del programático capítulo 4 "de los instrumentos de las buenas obras". En él aparecen las líneas directrices de los más importantes capítulos, entre otros, del que estamos analizando. En sus versículos 49 y 50 encontramos nuevamente los dos temas que vimos ya haciendo juegos en el c. 7 y en el 19. Dicen así: "Tener por cierto que Dios le está mirando en todo lugar" y "Estrellar en seguida en Cristo los malos pensamientos".

De este modo, si para san Benito el arma de combate contra los pensamientos es el continuo recuerdo de la presencia de Dios, no es natural que haya apelado a esa misma doctrina en el capítulo 19 cuando se propone como objetivo que "la mente concuerde con nuestra voz" tratando de evitar que la alma sea absorbida por pensamientos que la distraigan.

4. Algunas objeciones

Podemos citar a alguien que respondería en forma negativa a la pregunta que acabamos de hacer. Y ese es el Maestro. En su Regla, después de la ordenación del oficio divino, dedica un capítulo, el 47, para enseñar al monje la forma en que debe salmodiar. Aparece la misma preocupación que tiene san Benito: que la mente concuerde con la voz. Sin embargo para mantener la atención en la salmodia no recurre ya al primer grado de humildad, al recuerdo continuo de Dios, sino que se proyecta hacia el grado 12°. Dice así: "Si sabiamente y con temor se debe salmodiar, conviene que se esté con el cuerpo inmóvil, la cabeza inclinada, (inclinato capite), y que cante al Señor sus alabanzas con mesura" (RM 47,6). La preocupación por la actitud exterior del que salmodia lleva al Maestro al último grado de humildad, y solo toma de este su parte más intrascendente, pues deja de lado la descripción del porqué de ella, cosa que aparece recién al fin de ese 12° grado. En él se dice: "en la obra de Dios, en el oratorio, mantenga la cabeza inclinada (inclinato capite) y la mirada fija en el cielo".

Así, el Maestro compone su capítulo sobre la forma de salmodiar con la siguiente estructura: una primera parte con consideraciones sobre los modales impecables que son de rigor cuando se canta en presencia de Dios¹.

1. De Vogüé. *La Regla de san Benito. Comentario doctrinal y espiritual*, Zamora, 1985, pág. 204.

una segunda donde se habla de la forma de aprovechar la salmodia, haciendo concordar el corazón con los labios, y la última vuelve sobre el comportamiento exterior en lo que se refiere a modales de buena educación.

La preocupación del Maestro es muy distinta a la de san Benito. Todo el esfuerzo de san Benito se dirige a la preparación del monje para el oficio divino. Se ubica en el interior del monje para disponerlo y crear en él las condiciones que le hagan provechosa la obra externa. El Maestro, en cambio, tiene toda su mirada volcada al exterior del monje. Y esto no sólo porque se refiere al porte exterior del que salmodia. La misma presencia de Dios queda reducida para él a algo exterior al monje. En ningún momento se habla de un acto subjetivo por el cual el que canta realiza un esfuerzo interior de fe. Sus disposiciones nunca son analizadas. Sólo se habla de su actitud exterior. Entonces ¿cómo se interioriza esa presencia exterior de Dios? El Maestro lo hace precisamente por medio de la salmodia. En los salmos se habla de Dios, y si el monje procura anotar en su corazón lo que dice con sus labios, verso tras verso, hará que aquel que resuena en los labios penetre también en el corazón. (Cf. v. 15).

De esta manera, a los ojos de san Benito, queda sin tocar el tema que para él es el central: ¿Cómo llevar la atención del monje a ese Dios presente en los salmos?

5. Juan Casiano y la oración continua

Si tenemos en cuenta los elementos que hemos visto aparecer en el estudio de este capítulo de la Regla, a saber: ejercicio continuo de la presencia de Dios, combate de los pensamientos, distracción de la mente, preparación para la oración, podemos verificar que son exactamente los temas que aborda Casiano en sus dos colaciones sobre "La oración", especialmente en la segunda (nº 10).

Vamos a ver el texto más importante:

"Todo monje que desea obtener el recuerdo continuo de Dios, debe acostumbrarse a meditarlo sin cesar, y para eso, combatir todos los otros pensamientos. Porque no podrá retenerlo si no arranca enteramente de sí los cuidados y solicitudes corporales. Es un secreto que los pocos sobrevivientes de los Padres de la primera época nos enseñaron, y nosotros no lo transmitimos sino al pequeño número de las almas que tienen verdaderamente sed de conocerlo. Por eso, con el fin de mantenernos siempre en el pensamiento de Dios, debéis proponeros continuamente esta

fórmula de piedad: Dios mío ven en mi auxilio, Señor apresúrate en socorrerme".
(Col. 10,10)².

En primer lugar Casiano señala el recuerdo continuo de Dios como el objeto de la vida del monje. Luego, cómo éste implica un continuo ejercicio, que lleva a la expulsión de todo otro pensamiento. Y finalmente la utilización de una fórmula para mantener esa presencia de Dios, que es un versículo de un salmo.

Y un poco más adelante, en la misma Colación, presenta el último elemento para la oración continua:

"Aquel que reza sólo cuando está de rodillas, reza muy poco. Pero el que arrodillado se entrega a todo tipo de distracción, no reza nada. Por eso se debe poner antes de la oración en las disposiciones en que quiere encontrarse durante ella. Esta es una ley indefectible. Las disposiciones del alma dependen del estado que le ha precedido; y así la veremos, o elevarse a las alturas del cielo, o abismarse en la tierra, siguiendo los pensamientos a los cuales se entregó precedentemente"
(Col. 10,14)

Vemos así cómo para Casiano hay momentos fuertes dentro del ejercicio de la presencia continua de Dios, y los llama "cuando estamos de rodillas". San Benito los refiere a la Obra de Dios. Y la actitud del monje a lo largo de la jornada es una preparación para esos momentos especiales en los cuales se verifica esa ley, dos veces enunciada por Casiano:

"debemos estar antes de la oración en las disposiciones que queremos tener durante ella"
(Col. 9 y 10,14).

6. Para que nuestra mente concuerde con nuestra voz

De este modo, san Benito en el c. 19, inscribe la Obra de Dios, dentro del ejercicio del monje por mantener una oración continua. Su intención con ello es darle al Oficio Divino y a la salmodia, un marco que permitan al monje el mayor aprovechamiento de los mismos. Sin ser simplemente un medio, la presencia continua de Dios es enfocada aquí como el camino que mejor llevará a la consonancia de la mente con la voz. Esa armonía de que se habla en el v. 7 del c. 19 no es un imperativo final, que no guarda relación con el resto del

2. Traducción propia del latín, texto tomado de *Sources Chrétiennes* 54.

capítulo. No es una nueva indicación: "de tal modo estemos en la salmodia que nuestra mente concuerde con nuestra voz". Por el contrario, es una consecuencia de todo el proceso interior descrito en los versículos que le preceden. La presencia continua de Dios permite que se realice la concordancia de la mente con la voz.

Por eso nos parece que la traducción conveniente de este versículo es: "Y de este modo (arriba descrito, sic) estemos en la salmodia, para que (ut) nuestra mente concuerde con nuestra voz". Y para darle un matiz menos intelectualista, en lugar de mente diría "alma" (*mens*). Esta relación de causa-efecto antes que san Benito ya la había dado en sus reglas san Basilio. En un texto que seguramente san Benito conoció por la traducción de Rufino dice así:

"¿Por qué nuestra alma vaga (*mens nostra*) y vienen a nuestro corazón diversos pensamientos y cómo podemos remediarlo?"

Respuesta: La mente vaga por la pereza de nuestro espíritu que no se ocupa útilmente. De este modo el espíritu cede a la inacción y a la distracción cuando no tiene fe en la presencia de Dios, que nos escruta el corazón y las entrañas".

(San Basilio, Reglas breves 21, Rufino, 28).

Y más adelante le preguntan:

"¿Cómo podemos lograr estar en la oración sin distraernos?"

Respuesta: Creyendo con firmeza estar delante de Dios. Si cuando estamos en la presencia de un príncipe o de un superior hablándole, no sacamos los ojos de ellos, cuanto más orando a Dios no alejaremos nuestro espíritu de Aquel que sondea el corazón y las entrañas".

(Reglas breves 201, Rufino 57)

Y de esta misma manera entendió san Bernardo el c. 19 de nuestra regla. Comentándolo dice así:

"Creo que algunos de vosotros experimentáis a veces en la oración aridez de espíritu... porque oran sólo con sus labios, no atienden a lo que dicen, ni qué hablan".

Y luego les da el remedio:

"Como dice nuestra Regla (c. 19), conviene que a toda hora y en todo lugar los ojos del Señor nos miren, pero sobre todo en la oración. Conviene siempre que seamos vistos y que entonces nos presentemos y mostremos como hablando cara a cara con Dios... que el que reza rece como si estuviese elevado y presentado ante Aquel que se sienta en el trono excelso, y ante sus ángeles... Sí, lo repito, que se conside-

re con gran atención como puesto en presencia del Señor de toda majestad".

(Sermón de *diversis* 25,7-8).

7. Casiano y la "ciencia espiritual"

Para comprender que la concordancia de la mente con la voz exige como preparación toda la vida interior del monje, es necesario tener en cuenta que es lo que en la Obra de Dios está en la voz del que salmodia. La respuesta es clara: la Palabra de Dios, y en especial los salmos.

Y en el pensamiento de los padres monásticos es un lugar común la consideración de que para alcanzar la comprensión de la Escritura divina, es necesario un trabajo de purificación interior que aclare el ojo de la fe. Su punto final era la promesa evangélica: Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios.

Todo el trabajo ascético del monje tiene allí su recompensa. Casiano dice al respecto:

"Entonces las divinas Escrituras se nos descubren con más claridad, y se nos manifiesta su corazón y su médula. Nuestra experiencia nos permite no solamente adquirir el conocimiento de ellas, sino también que nos anticipemos a ese conocimiento, y que el sentido de las palabras se nos descubra, no por alguna explicación, sino por las pruebas por las que hemos pasado".

(Col. 10,11).

Según el mismo Casiano, el combate espiritual hace impregnar al monje de los sentimientos expresados en los salmos. Ya no los recita como escritos por el Profeta, sino como si él mismo fuese el autor, "como su oración personal, con sentimientos de profunda compunción".

"Penetrados de los mismos sentimientos con que los salmos fueron cantados y compuestos... nosotros nos anticipamos a su contenido, más que seguirlo. Captamos lo que quiere decir antes de conocer la letra. Las palabras santas nos traen el recuerdo de las luchas cotidianas que sostenemos; los efectos de nuestra negligencia, o las conquistas de nuestro cielo...".

(Col. 10,11).

Y esto es lo que Casiano llama la "ciencia espiritual", coronación de la vida práctica (Col. 14).

Realmente ahí se produce la concordancia de nuestra alma con nuestra voz. Como corolario de la vida ascética, del ejercicio de las virtudes, se abren los ojos a la comprensión de las Escrituras. Pero ese conocimiento no es me-

ramente abstracto o "extraño" al monje. Comprender las Escrituras es para ellos lograr la aplicación personal de los textos al que los está recitando. Concuere da "nuestra" mente con "nuestra" voz.

8. Dos ejemplos de la misma Regla

A lograr esa armonía y personalización de los salmos se dirige el esfuerzo que pide san Benito en el capítulo 19.

Pero esto ya lo había dicho en el séptimo grado de humildad (Cap. 7,51-54). El texto dice así:

"El séptimo grado de humildad consiste en que no sólo se proclame con su lengua (sua lingua), el último y más vil de todos, sino que lo crea así con íntimo sentimiento de corazón (íntimo cordis credat affectu), humillándose y diciendo con el Profeta: Yo soy un gusano y no un hombre; oprobio de los hombres y desecho de la plebe (Sal 21,7). Me he ensalzado y he sido humillado y confundido (Sal 87,16). Y también: Bueno fue para mí que me humillaras, para que aprenda tus mandamientos (Sal 118,71)".

Encontramos en este pasaje de la Regla los mismos elementos que en el capítulo 19: el corazón (la mente), la lengua (la voz), que está pronunciando salmos, y finalmente la necesidad de concordar ambos, para lo cual media en este caso la humildad.

Pero quizá el texto más esclarecedor, respecto del contenido del c. 19, sea el del *Prólogo* 8-20.

Se trata de un largo párrafo, que después de la introducción de presentación de la Regla, da comienzo a un diálogo del autor con textos de la Escritura, pero sobre todo con salmos.

La presencia de estos salmos, junto con la frase inicial del párrafo: ¡Levantémonos!, (*Exurgamus*, v. 8), que está en franco paralelo con el c. 22,6, que habla del levantarse para asistir a las Vigilias, nos hace pensar que el autor tenía en mente ese contexto litúrgico al elaborar esta parte del prólogo. Esta suposición se ve acentuada por la aparición en el v. 10 del salmo 94 (*Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis el corazón*), que en el mismo texto del Maestro no está, y que es el salmo invitatorio diario de las vigilias en la regla de san Benito. Dentro de ese contexto litúrgico, san Benito ve que se realiza el llamamiento de Dios y la respuesta diaria del monje, de que trata el *Prólogo*.

En relación con el texto del c. 19 sobre la concordancia de nuestra mente con nuestra voz, encontramos los mismos elementos que ya mencionamos antes:

1. Todo se abre con una profunda visión de fe de parte del monje, que es la condición previa a todo: v. 9: *“Y abiertos nuestros ojos a la luz divina, escuchemos lo que a diario nos dice”*... Nuevamente encontramos que es la fe la que permite sentirse interpelado por Dios en la Sagrada Escritura.

2. La voz. En el c. 19 san Benito pedía que la mente concordara con la voz, pero no decía lo que había en la voz. Aquí sí lo dice: en la voz del monje está la Voz divina, que, igualmente que en el c. 19, se hace escuchar por los salmos (v. 9: *Escuchemos lo que a diario nos amonesta la voz divina que clama...*). Los salmos citados son el 94, el 33 y el 14. Esta presencia de Dios en los salmos es captada gracias a la visión de fe de que acababa de hablar.

Pero además de reconocer a Dios en el texto sagrado el monje se reconoce personalmente llamado y aludido: y esto es el 3er. elemento que encontramos. El v. 15 dice: *“Y buscando el Señor a su obrero dice otra vez: ¿Quién es el hombre que quiere la vida y desea gozar de días felices? Y si tú al oírlo, respondieres: Yo...”*. Según san Benito toda la meta de la salmodia y del Oficio Divino es lograr esa respuesta del monje a lo que le dice la Escritura: Yo. Pero para eso debe descubrir que el Dios que está presente en todas las partes, está máximamente presente, hablándole personalmente, cuando asiste al Oficio Divino (c. 19). Y el mismo Señor en el Prólogo pide al monje esa concordancia, con lo que le está diciendo a través de los salmos: v. 10: *No endurezcáis vuestros corazones*. Ese llamado a la concordancia es el primero que, en la Regla, pide Dios al abrirse cada día el Oficio divino con el salmo 94.

Y esa concordancia hará que el llamado divino, la luz deífica, comprometa al monje a responder a cada llamamiento del texto recitado. *“Y si tú, al oírlo, respondieres: Yo, dicete el Señor...”* (v. 16).

Abadía de San Benito
CC 202 - 6700 Luján
Buenos Aires - Argentina

Fernando RIVAS, osb